

Ángel Lozano  
**Negra sombra**

Novela

©NEGRA SOMBRA  
©Ángel Lozano

---

©1ª EDICIÓN  
NOVIEMBRE DE 2025

RONCAL

DISEÑO Y MAQUETACIÓN CUBIERTA E INTERIOR  
Luis Vázquez C.

©FOTOGRAFÍA PORTADA  
Rosalia de Castro  
[ A PARTIR DE UN RETRATO DE LOUIS SELLIER ]  
[ DOMINIO PÚBLICO ]

---

ISBN:  
979-827-36-13-881  
[ INDEPENDENTLY PUBLISHED ]

---

©TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.  
®PROHIBIDO CUALQUER TIPO DE COPIA.

---

Impreso en España • *Printed in Spain*

ISBN-13: 979-8273613881  
  
9 798273 613881



¡Oh, eterna lucha de la vida! ¿No hay algo en esto que amedrenta, que la razón no puede medir y que hace pensar en la realidad de otras existencias mejores, ya que en ésta estamos condenados a ir de continuo en pos de lo que nos huye y a huir de lo que nos busca?

*(Rosalía de Castro: «El primer loco»)*

Menos que un soplo parecido a la flor del viento,  
el hombre aparece en la tierra, el aire helado de la muerte  
pasa, le deshoja, el tiempo esparce sus restos  
y ya no queda ni el más leve rastro de su existencia.  
¿Por qué entonces esta agitación incesante, esta ansia de libertad  
y de espacio que me devora, estos proyectos y  
esta fe en el porvenir?

*(Rosalía de Castro: «Flavio»)*

Cuando reflexiono en la miseria que puedo sacar de todo  
me dan ganas de hacer trizas cuentos, novelas y  
aun mi loca cabeza, que tiene la manía de  
entretenerse en tales cosas.

*(Rosalía de Castro: «Carta a Manuel Murguía»)*



–*Durme, durme, minha nena; soña, meu corazón...*

En el silencio húmedo y sofocante de la habitación, el cuerpo tan consumido que apenas abulta bajo la sábana a no ser por las piernas y el vientre desmesuradamente hinchados, la boca entreabierta en una lucha permanente por llevar un último suspiro de aire a sus pulmones, Rosalía de Castro agoniza.

Aún conserva la lucidez de quienes, conocedores de que su tiempo se agota, aguardan a que llegue el último momento con la serenidad propia de los espíritus que se han vaciado durante su vida, y así, sin fuerzas para abrir los ojos siquiera, percibe con inusual claridad a través de los párpados cerrados el rectángulo de la ventana abierta de par en par, los numerosos desconchones que deslucen la blancura de las paredes, la grieta que baja zigzagueando desde el techo hasta perderse bajo el lateral de la colcha, los muebles oscuros traídos de la casa de Lestrove junto con la pesada cama de hierro en la que yace...

–... *Que te vela a túa naiciña, e tamén te vela Dios...*

¿Sonríe? Está a punto de adentrarse en la nada, este mal será el último. El cáncer se ha adueñado de ella. La fiebre remite a duras penas, y cuando lo hace, dándole un respiro engañoso y empujándola durante un instante a creer que sanará, que lo peor ha pasado, vuelve a subir enseguida. Es cierto que desde su más tierna infancia se ha visto acosada a menudo por la gélida cercanía de la muerte, pero esta vez es distinta:

siente ya el roce de sus brazos descarnados ciñéndose en torno a ella, percibe el vapor fétido de su aliento humedeciéndole el rostro. Su cuerpo ha entrado en un deterioro del que ya es imposible una vuelta atrás, los propios médicos torcían el gesto al principio cuando preguntaba ansiosa en busca de una respuesta esperanzadora que nunca recibió, y los dolores que como perros rabiosos muerden sus entrañas desde hace meses no vaticinan otro desenlace.

Un temblequeo involuntario de los dedos la distrae, junto con un parpadeo repetido de los ojos. Es ella y no es. Está y no está. Sus miembros han tomado las riendas y no la obedecen, como si a pesar de ser todavía suyos ya no le perteneciesen. ¡Y, sin embargo, su alma se revela tan viva a sus cuarenta y ocho años dentro de ese frágil cascarón gastado! Por momentos se ve incluso fuera de él, contemplándose absorta en el lecho, distraída por las evoluciones de las manchas de luz que, visibles un instante para volver a desaparecer enseguida, se persiguen sobre la colcha como mariposas asustadas según el oscilar del visillo que ondea empujado por la brisa.

Debería sentirse acalorada, el mes de julio siempre es abrasador en Padrón, pero es frío lo que siente, y sus manos y sus pies están helados. A sus oídos, a ratos embotados, llega el griterío de los niños que corretean por la huerta. Sus voces la molestan por momentos, aunque también la mantienen viva, como el cántico amoroso de un grupo de ángeles que día y noche la custodiasen. Sus hijos, los que le quedan. ¿Qué va a ser de ellos, privados para siempre de su madre a una edad tan temprana? Alejandra ya es mayor recién cumplidos los veinticinco, y también Aura a sus dieciséis, pero Gala y Ovidio, con trece, y Amara, con diez... ¡Ha tenido tantos! ¿Están todos? ¿Cuántos ha alumbrado? Cientos, le parece, y

otros más tendría si sus días se lo permitiesen, de tal modo los adora, aunque hace tiempo ya que hubo de abandonar la idea, después de que Adriano y Valentina...

Aún la persigue la visión de la sangre que corre, el reguero que avanza imperturbable sobre el reluciente suelo ajedrezado. Es verdad, durante un tiempo habitó un piso en la calle de A Senra, en Santiago, donde la cocina tenía ese pavimento. Una casa que tan sólo le ha dejado el poso de una pena oscura amordazando con una coraza de hierro los latidos de su corazón.

¿No le parece escuchar aún desde la sala, donde se recuerda trabajando en su escritorio, un golpe sordo, como el de algo compacto que cae y al chocar contra el suelo...?

El reguero se extiende, no deja de crecer junto a la pata de la mesa sobre la que jugaba Adriano. ¡Pero ella no está allí, no estaba delante, se encontraba ocupada escribiendo! Si hubiese estado, su hijo... Y grita, solloza. Cuanto queda de su ser es los restos de aquel llanto.

—¡Mi hijo! ¡Mi niño! ¡Muerto! ¡Dios mío! ¡Y aún no había cumplido los dos años!— se rebela, negando— ¡Y mi niña! ¡Mi *santiña*!

—¿Mamá...? ¿Mamá, qué tienes?— oye mezclada con sus gritos la voz agitada de Alejandra.

El reguero se embalsa, ha ido a engrosarse en la esquina más sombría, donde forma un engrudo cada vez más espeso.

Cada vez más inocente, cada vez más rojo, cada vez más niño, cada vez más sangre.

¡Y después de Adriano, Valentina!

—¡Mi niña! ¡Mi tesoro! ¡Aún no la he alumbrado y también se me ha ido!

—¡*Nenos*! ¿Calláis? ¡Id a correr a otro lado, que molestáis a mamá!

Es Aura, desde la ventana, que provoca que las voces provenientes de la huerta se conviertan en protestas que se alejan enseguida disueltas en el aire.

—¡No, dejad que corran, me alegran!— quiere objetar volviendo en sí desde la sima de aquel recuerdo, pero no llega a emitir sonido alguno. Sus labios no la obedecen, ni su garganta, donde su intención queda apresada, convertida en un ahogo que revienta en un furioso acceso de tos.

¡Sus hijos! ¡Su vida entera!

No ha pasado tanto tiempo desde la última vez, estando ya poseída por el cáncer, o eso le dicta su maltrecha memoria, cuando a su regreso de una estancia en Madrid, Manuel...

En cuanto volvía a casa tras un período de ausencia el ansia de solicitarla lo dominaba. Hacía días que había empezado a enfriar, anunciando la llegada del otoño. La lluvia arreciaba, y la noche era negra como la boca de un lobo. También ella lo extrañaba cuando se encontraba lejos, ¡si ya ansiaba su presencia y su palabra cuando simplemente le daba por estar fuera de casa desde el amanecer hasta el anochecer!, y deseaba su abrazo y su compañía, pero la enfermedad avanzaba, y su cuerpo, dolorido y maltrecho, no alcanzaba a satisfacerlo. El día, además, había sido un calvario: un repentino dolor de estómago surgido de no sabía dónde mientras comía, como si sus entrañas maldijeran protestando ante cada bocado que ingería, se empeñaba en atormentarla; Amara se había lastimado una rodilla por la mañana jugando en la huerta, lo que además había arruinado una parte de la plantación de buenasnoches que todavía se mantenía colorida y tanto alegraba sus ojos, y Gala y Ovidio no habían dejado de pelearse durante la tarde, culpándose entre ellos del accidente de su hermana, de manera que ni ella ni sus dos hijas mayores habían parado un instante.

Ni siquiera había podido sentarse un minuto para desahogar sobre el papel la inquietud que la reconcomía debido a la falta de dinero, que otra vez volvía a ensañarse con ellos.

Sin embargo, conocer el estado de sus cuentas no era el asunto que más apremiaba a su esposo en aquel momento, y mientras ella trataba de complacerlo, su pensamiento vagaba dando tumbos de una preocupación a otra, de una inquietud que a duras penas lograba apaciguar a un nuevo desasosiego que, éste sí, echaba raíces en su pensamiento como un parásito imposible de erradicar aún con todos los remedios de la tierra, incapaz siquiera de participar de aquella unión, cuánto más de hacerla también suya, dominada por el cansancio y extraviada entre su deber de mujer y una amarga pesadumbre...

–Para, Manolo... No quiero tener más hijos.

La sobrecogía pensar en volver a ser madre: después de diez años en los que no había hecho otra cosa que alumbrar un hijo detrás de otro, su vientre ya se había secado, sus hijos morían a los pocos meses de nacer, nacían ya muertos...

–¡Manolo! ¡Manuel!

Manuel había interrumpido sus impulsos, y ella había percibido durante un instante en la penumbra su mirada desconcertada, expectante e inquisidora dada la firmeza con que ella le había hablado.

–No quiero tener más hijos– había repetido, y su voz, aún sin estar segura de que hubiese sido esa su intención al dirigirse a él, había sonado en sus oídos como el mandato de una autoridad superior, rotundo, antes que como la súplica temerosa de una esposa devota.

–Y no hemos de tenerlos, Rosa. Yo me cuidaré, no te preocupes– se había limitado a responder él volviendo a entregarse con pasión a la razón de su embeleso.

–¡No, Manuel, basta! ¡Me haces daño, te lo ruego!

Manuel se había detenido entonces, y tras contemplarla un momento en la penumbra con unos ojos vacíos, extraños a aquellos con que él acostumbraba a mirarla en los momentos de intimidad, se había retirado sin mencionar palabra y había salido en silencio de la habitación, abandonándola a una soledad demoledora que le había causado más daño que el dolor que un momento antes perforaba sus entrañas...

Un tintineo llama su atención, y consigue abrir los ojos. Es Alejandra, que trae una bandeja en la que viene removiéndolo, humeante, un tazón de caldo, pero niega con la cabeza cuando su hija intenta incorporarla para ofrecerle la bebida caliente.

Alejandra aprieta los labios, disgustada, y tras devolver el tazón a la bandeja, que ha dejado sobre la mesilla, pasa un paño por la frente de su madre sin que Rosalía distinga si la pegajosa humedad que siente es la de su piel o la del paño.

–Muero, Alejandra– alcanza a murmurar.

El dolor casi constante de su vientre, como si sus tripas estuviesen anudadas alrededor de un palo, al igual que la quemazón que le producen las llagas repartidas por todo su cuerpo debido a la larga postración a la que se ve sometida, la esclavizan desde hace tiempo, y los hilos de sangre que tiñen de rojo su orina, cargada y maloliente, son cada vez más gruesos y frecuentes.

–No hables, mamá. Deberías beberte el caldo o nunca te pondrás buena– objeta Alejandra, palpando con el paño la frente acalorada de su madre.

Rosalía cierra los ojos. No desea beber nada. Lo único que quiere es escucharse a sí misma, sentir las palpitations irregulares de su cuerpo, de sus entrañas, que al menor movimiento

se recrudecen con una pulsión aguda que la lleva a emitir un gemido.

Las voces que súbitamente vuelven a llegar desde fuera la reconfortan, y se centra en prestarles atención. Sin embargo, en esta ocasión no provienen sólo de la huerta; no son sólo las de sus hijos, sino que se confunden con otras, airadas, que se entremezclan con insultos. Voces tan audibles como si se produjesen allí mismo, dentro de la habitación. Voces, éstas sí, que le molestan, la zahieren, y que lejos de enmudecer según sería su deseo, se acrecientan como si proviniesen de una legión de individuos enardecida y hostil, retumbando en sus oídos igual que el rugir de una corriente de agua al precipitarse desde un alto escarpado o el zumbido producido por una nube de insectos.

Una voz masculina trata de imponerse sobre las demás hasta que logra acallarlas, y se esfuerza por entender:

—Esta hija de padre desconocido, esta hija sacrílega nacida del pecado cuya cuna debería hacerla avergonzarse de sí misma y callar, no solo no esconde su humillación, sino que se permite con su pluma cubrir de ignominia a nuestras gentes con la excusa de desenterrar una costumbre gallega que nadie más que ella conoce, según ha tenido la osadía de escribir. Jamás podríamos haber imaginado que una mujer ilustrada, y por apéndice gallega, fuera capaz de intentar el extravío de la opinión pública haciendo relación de hechos que no son peculiares ni de nuestras costumbres ni de la época en que vivimos...

¿Por qué sigue escuchando? ¿Nace ese recurrente discurso de su desbordada imaginación, por lo que no debe hacer caso, o es la demencia, que ha acabado por apoderarse de ella, como ha temido casi desde que era niña que le ocurriría algún

día? ¿Qué fuerza la obliga a permanecer sentada en esa gran sala vacía y tenebrosa, como una rea acusada del mayor de los crímenes? ¿Por qué se la juzga? ¿Qué delitos se le atribuyen?

Hace un año que han salido a la luz sus *Follas Novas*, su segundo libro de poesías en su lengua natal, del que cualquier gallego, por este simple hecho, debería sentirse ya orgulloso, pues desde la publicación de sus *Cantares gallegos* aquélla va abriéndose un camino, aunque trabajoso, en los textos poéticos nacidos en Galicia. ¿No era esto bastante? Pero, en cambio, quien tan gravemente la ultraja, lejos de aquel orgullo que debiera hacerle levantar bien alto la cabeza, permanece escondido, oculto entre las sombras. ¿Por qué no se muestra para que ella pueda ver si debe defenderse de un demonio enviado por Luzbel para mortificarla en sus últimos días o de un hombre de carne y hueso tan mortal como ha de serlo ella?

—¿En qué cabeza cabe si no— continúa su alegato su invisible oponente— que un hombre ofrezca a su mujer, o a su hija, al primer viajero que llegue, a un desconocido, en señal de hospitalidad para que se sienta confortado una vez lo ha alojado en su casa? Ni esta tierra ni ninguna otra ha ideado nunca tamaña barbarie...

¿Cuándo va a callar ese hombre? Porque ha de saber el autor de tan degradante como falaz invectiva que las mentiras en que se apoya su reprobación nunca lograrán doblegarla. Ya en su momento se ocupó de rebatirlas. ¿Y todavía la censuran? ¿No dejó bien claro a su erudito acusador, quienquiera que sea, que allá en Lima, por los años treinta a cuarenta y cinco hacían lo mismo los criollos con los españoles que allí llegaban? ¿O acaso se permite ese hombre pronunciar frases tan galantes simplemente por ir éstas dirigidas a una mujer?

Si así fuese se equivoca. Años ha que dijo basta. Toda su vida ha debido ceder, asumir el sacrosanto papel que la sociedad, con sus reglas injustas y arbitrarias, le ha asignado: como esposa, como madre, como gallega, como mujer... ¿Y pretenden que también como escritora? ¡Eso sí que no! ¡Como escritora no! Al menos para el tiempo que le reste la pluma es su dominio sagrado. De esa atadura sí que ha sabido liberarse. «Sólo cantos de independencia y libertad han balbucido mis labios, aunque alrededor hubiese sentido, desde la cuna ya, el ruido de las cadenas que debían aprisionarme para siempre, porque el patrimonio de la mujer son los grillos de la esclavitud», había escrito en *Lieders*, apenas llegada a Madrid con diecinueve años recién cumplidos, cual una proclama de juventud, un lema bajo el que se proponía actuar y bajo cuya guía ha obrado toda su vida...

—Rosalía...

Silencio. ¿Esa voz?... Es distinta, dulce...

—¡Rosalía!

Siente que su cabeza va a estallar. ¿Bécquer? ¿Gustavo Adolfo? No puede ser. ¡Hace años que ha muerto! ¿O es ella, que ya ha cumplido el tránsito y se encuentra en el limbo de los que han dejado atrás las penurias de este mundo, convertida también en sombra?

—¿Se encuentra bien, Rosalía?

No, todavía sigue aquí, no se ha ido. Sus padecimientos no han terminado, aunque al escuchar la entrañable voz de Bécquer parece remitir, si no esfumarse del todo, el dolor que antes la acosaba, tal es la alegría que le produce la rememoración de su franca amistad.

—¿Le ocurre algo? Se ha quedado como ida. ¿Quiere que avise a su prima?

–No, Gustavo Adolfo. Estoy bien, discúlpeme. Ha sido un vago recuerdo, que me ha transportado a donde yo misma ignoro...

La felicidad de la que siempre disfrutó en aquella casa de la calle de La Ballesta, donde con tanta alegría acabó instalándose con su prima Carmen, su tía y sus otros primos al trasladarse a Madrid, y donde tantos de sus sueños se forjaron, aún la conmueve. Sueños en los que el futuro, aunque no exento de lucha, se anunciaba radiante. Sueños nacidos del espíritu de su vocación, de su encuentro con almas afines a la suya, rebosantes de proyectos e intenciones. Como la de aquel hombre atento, siempre presto a acudir a su llamada y con una palabra de aliento y de estímulo en su boca ante cualquier verso, por torpe que fuera, que ella escribiese.

–Verá, si le he pedido que viniera es porque me he tomado la libertad de traducirle algunos poemas de Heine, como le prometí que haría.

–¡Ah, nuestro común poeta alemán!– se había mostrado alegre Bécquer–. Nada me hará disfrutar más que leerlos. ¡Usted siempre pensando cómo contentarnos a todos!

–No será tanto. Soy mujer de palabra y me honro en cumplir mis promesas, máxime cuando éstas no suponen una obligación, sino una tarea que acometer con gusto, dado que usted, siendo poeta, sabe apreciarlos. Y aunque sea sólo por esa circunstancia ya merecería por mi parte cualquier dedicación con la que yo pudiera satisfacerle, a lo que hay que añadir además, en este caso, el interés que me mostró por su lectura cuando estuvimos hablando de él.

–Su deseo de complacerme me halaga enormemente, Rosalía. Lástima que no apunte a alcanzar la cota que mi alma desearía...

Rosalía había callado, incapaz de evitar sentirse azorada. Lo que Bécquer no perdía ocasión de insinuarle...

—Rosalía, sé que lo que voy a decirle sonaría indigno a oídos extraños, pero estoy seguro de que usted sabrá entenderme, pues conoce el respeto y la devoción que de siempre he sentido y siento por Manuel— se había sincerado él tomando con delicadeza su mano—, pero usted sabe que una simple palabra suya bastaría para colmar de sentido...

Su marcado acento sevillano seguía pareciéndole tan gracioso como el día que se habían conocido, acentuando su aire cándido, desprovisto de ocultas intenciones, y restando toda malicia al capcioso atrevimiento que nadie dudaría en atribuir a aquellas palabras, del mismo modo que ni los rizos que se descolgaban por su frente, ni su perilla y su bigote, cuidadosamente recortados, alcanzaban a enturbiar su inocente aspecto aniñado.

—No siga, Gustavo Adolfo— había preferido interrumpirlo a pesar de todo—. Nuestros afectos debieron encontrarse mucho antes. Mi vida pronto tendrá un dueño.

—Jamás lo olvido, Rosalía. Considero a Manuel un gran amigo, y debe creerme si le digo que ser conocedor de la felicidad de ambos me basta para alimentar mi corazón con la más dulce dicha por los dos— había atemperado él—, pero comprenda que yo no he de perder la esperanza— se había apresurado a añadir enseguida con una sonrisa que, en su rostro infantil, lejos de resultar provocadora o producir recelo, se aparecía simpática, como una barrera levantada para protegerse tras haber cometido una fechoría...

Una tos seca, ¿dónde?, y el recuerdo del salón de Madrid se desvanece, devolviéndola al blanco uniforme del dormitorio, a la ventana abierta repentinamente muda, a la grieta que

desciende dueña y señora de la pared... Es la tos de Manuel, que debe de encontrarse trabajando en su despacho, en la habitación contigua. ¿Cuándo ha regresado de Santiago? ¿No había vuelto a irse? Y cierra los ojos mientras lo imagina enfrascado en su trabajo, que últimamente lo mantiene apartado de todo, aunque es más que probable que lo que haga sea revisar con preocupación e incertidumbre gastos y facturas, haciendo cuentas que nunca cuadran, repasando, rompiendo, lamentando..., renegando de los pequeños favores que unos y otros, propios y extraños, aunque más los segundos que los primeros, le solicitan, no en vano es hombre de numerosos e influyentes contactos y con una posición relevante que lo obliga a mostrarse propicio en todo momento.

Manuel, que ha sido para ella el más sólido de sus soportes, al igual que su madre ha representado su más firme inspiración. Lástima que no se hayan entendido como ella habría deseado, que los desencuentros tan absurdos como frecuentes en la vida por cuestiones que no debieran revestir importancia alguna hayan empañado, cuando no eclipsado, el cariño y la admiración que está segura en el fondo ambos se profesaban.

¿No es su madre precisamente quien le canta ahora? ¿No es esa la nana que le cantaba de niña? ¿Cómo es que la escucha?

*—Durme, durme, minha nena; soña, meu corazón...*

Quiere incorporarse hacia la ventana. De ahí proviene el canto, entra traído por la deslumbrante luz que invade el cuarto, y trata de llamar a Alejandra, pues por sí sola es incapaz de moverse.

*—... Que te vela a túa naiciña, e tamén te vela Dios...*

¿Dónde está su hija? ¿No viene? Quiere ir con su madre, colgarse de su cuello como cuando era pequeña, cerrar los ojos

para siempre apretada contra su pecho y, acercando los labios a su oído en un contacto eterno, decirle igual que entonces: «huelas a Teresita», como la llamaba su tío José María, el mayor de los Castro, para provocarle una carcajada que iría seguida de una riada de besos.

–¡Rosalía! ¡Mi niña!– oye que la llama desde los pies de la cama, donde la ve al fin rodeada por un halo que temblequea, hipnotizante como la llama de una vela–. ¡Ven que te abrace, Rosalía!

Su madre extiende los brazos, sonriente, y ella intenta enderezarse, estira el cuello, y sus manos se crispan aferradas a la colcha, procurando un apoyo que le permita acercarse a ella.

–¡Rosalía! ¿No vienes?

–Alejandra... Aura...

Balucea los nombres de sus hijas, los repite... Su voz, ronca y cavernosa, es un hilo casi imperceptible de aire, un estertor que intenta pronunciar con irrenunciable tesón cuando ve cómo su madre se aleja, envuelta en el halo, sin que ninguna de sus hijas acuda.

–¡No te vayas, madre!

–Estoy aquí, mamá– escucha de pronto a Aura mientras siente el paño húmedo otra vez sobre la frente y su mano acariciándole con dulzura el cabello.

¡El halo! ¡Ya no está! La habitación se ha sumido en una oscuridad pastosa, y siente una corriente de fuego recorriéndole la espalda de arriba abajo.

–¡Madre...!– suspira, agotada por el esfuerzo

Quiere llorar. ¿No quedan lágrimas en sus ojos? El paño la alivia, y la mano.

¡Todo ha pasado tan deprisa!

«Hora tras hora, día tras día  
entre el cielo y la tierra que quedan,  
eternos vigías,  
como torrente que se despeña,  
pasa la vida.  
Devolvedle a la flor su perfume  
después de marchita;  
de las ondas que besan la playa  
y que una tras otra, besándola expiran,  
recoged los rumores, las quejas,  
y en planchas de bronce grabad su armonía.  
Tiempos que fueron, llantos y risas,  
negros tormentos, dulces mentiras,  
¡ay!, ¿en dónde su rastro dejaron,  
en dónde, alma mía?»

¿No escribió estos versos hace ya una eternidad? ¡Pero parece que han salido de su pluma ayer mismo! ¿Y qué sentido ha tenido todo? ¡Tanto ha anhelado la muerte, tanto la ha tentado a buscarla el maligno, y cuando ha querido darse cuenta el fin de su paso por este mundo ya está aquí mismo! Sin embargo, ahora más que nunca debe mantenerse firme y no perder la fe ante el que todo lo llena con su nombre, el que vigila y ordena cuanto es y ha de ser, pues aún queda la creencia en las vidas futuras.

Siempre ha creído en las bondades de la muerte ante la decadencia y la decrepitud provocadas por el paso del tiempo al permitir comenzar de nuevo, y no ha de ser tan detestable ésta cuando, descorridos los velos de la eternidad y atravesados los desiertos inmensos del infinito, permite al alma regresar de nuevo hasta que su destino se vea por fin cumplido.

Y si es verdad que ha habido momentos en que habría querido volver atrás, al tiempo feliz de su niñez, ¿para qué?, si al cabo se impondría otra vez la sombra y todo volvería a borrarse y desaparecer como un suspiro...

«... Cuando en la planta con afán cuidada  
la fresca yema de un capullo asoma,  
lentamente arrastrándose entre el césped,  
le asalta el caracol y la devora...»

¿A quién ve ahora? ¿Ha vuelto su madre? La figura que, de pie detrás de su hija, parece contemplarla desde el lado de la cama...

No, es la de Manuel. ¿Lo ha hecho venir ella? ¿Ha gritado acaso? No quería interrumpirlo en su tarea. Se había prometido no volver a hacerlo nunca más. Ya le ha causado bastantes molestias, aunque bien sabe Dios que le estará eternamente agradecida por la generosidad con que tantas veces la ha agasajado.

Como cuando no hace mucho le pidió que la llevase a Carril, pues sabía que, apartado de los templos que son para él los archivos y las bibliotecas, trabaja mal, le cuesta, ya que todo son distracciones, y son pocos los temas que, aparte de su libros y nunca tanto como ellos, le interesan.

—Manolo, quiero ir al mar— había solicitado ella cuando sus piernas, aunque tumefactas, aún le permitían sostenerse y podía levantarse de la cama y andar; cuando su estómago y sus intestinos se atrevían a admitir alimentos ligeros; cuando la enfermedad y el deterioro todavía no la habían doblegado convirtiéndola en el guiñapo carnoso al que ha quedado reducida su vestidura mortal; cuando sus ojos cansados todavía podían

admirarse ante la belleza y su corazón era aún capaz de alegrarse ante la vida, y su risa de reír y su alma de gozar...

–¿Oíste, Manolo? Quiero ver las olas antes de morir.

–¿Qué dices, Rosa? ¿Qué locura es esa?

–Concédeme este último deseo. Muy pronto no he de perderte nada más...

–¿El mar, Rosalía? ¿Para qué has ir allí?

Rosalía se sobresalta. ¡Esa voz ¡No es la de Manuel! ¡Vuelve a escucharla después de tanto tiempo! Es la de ella misma, su propia voz, cuando aún podía hablar y sentir una fuerza empujando en su interior con un ímpetu que le permitía mostrarse con firmeza ante el mundo.

–Dime: ¿Para qué? ¿No son mayores acaso tu decepción y tu tormento cuando tienes que volver a alejarte de él?

–No, tú no sabes... ¿Por qué me torturas? ¿Quién eres? ¡Te conozco!

–¡Tu sombra! ¿Recuerdas? ¡La fuente de tu dolor!

–¡Otra vez tú! ¡Mi sombra, dices! ¡Nunca me dejarás en paz!... Pero mi dolor ya no es mío. Todo lo he escrito ya. ¿Ves?– se indigna.

De rodillas, reclinada sobre el fuego, rasga un papel tras otro hasta reducir a añicos las cuartillas que, apiñadas en montones, yacen a su lado, en el suelo, para arrojarlas después con determinación a las llamas.

–¡Mira! ¡Mira lo que hago con mis poemas! ¡Mira lo que hago con mi dolor! ¡Al fin he logrado librarme de él!

Una sucesión de sombras se eleva amenazadora desde la hoguera, danzando sobre la pared como si se enervasen ante la gravedad de lo que está aconteciendo, cual las almas torturadas de aquellas hojas indefensas, y Rosalía se detiene y levanta la cabeza, temerosa. Está segura de lo que hace, pero,

al mismo tiempo, una ola de aprensión la recorre, y duda.

–Romper tus poesías no endurecerá tu corazón, Rosalía.

¿Por qué duda? ¿Acaso se siente en deuda y debe responder? ¡Su obra es sólo suya!

–¿Por qué vienes a acosarme? ¡Mi obra es sólo mía y puedo hacer lo que me plazca con ella!

–Te equivocas, Rosalía. Tu obra ya no es tuya. Ahora pertenece al mundo.

–¡Mientes! Nada mío quiero dejarle, pues de siempre no he sentido más que su odio y su desprecio. ¡Márchate! ¡Aléjate! ¡No deseo escucharte!

–Eso no es posible, Rosalía. Soy una contigo. Formo parte de ti.

–¿Y qué? ¿No te he dado ya mi vida entera? Te he pagado con creces.

–¡No!– ríe la voz–. Has de darme más aún.

–¿Más? ¿Y qué me has dado tú?– replica, reanudando su tarea destructora, rasgando y desmenuzando con implacable minuciosidad–. Extravío, dos hijos muertos... Ni una cuna en la que reconocerme sin paños o escondites ni un cuerpo vigoroso con el que afrontar las adversidades. Sólo un alma inquebrantable a la hora de padecer penas y sufrimientos.

–¡Te he dado un nombre!